

El pasado ya fue

Andrea Palet

Periodista y editora chilena, fundadora de la editorial Los Libros Que Leo y directora del máster en edición de la Universidad Diego Portales

Existe entre gentes diversas la idea de que el editor de libros es un personaje de prestigio, y por lo tanto parte de una elite. No discuto ese juicio, siempre que se acepte: a) que «elite» significa muchas cosas, no todas buenas, y b) que un halo de prestigio no está necesariamente reñido con la irrelevancia cultural. Los restauradores de arte, los talabarteros de lujo y los *luthiers* tienen también mucho prestigio, aunque de un tipo incluso más decorativo, ligado a una cierta noción de lo que es un oficio «elegante», uno que existe hace siglos, que es visto casi como una excentricidad y al que se asocian conceptos como minuciosidad, rigor, amor propio, la obsesión por el acabado perfecto; al mismo tiempo, no es difícil reconocer que ni el restaurador ni el talabartero ni el *luthier* inciden en lo más mínimo en las corrientes vitales que conforman el espíritu de la época.

Se supone que el editor sí lo hace. Toda la mitología y parte de la historia que acarrea el oficio se basan en la certeza de que los editores han sido un gran fuelle para el motor de la cultura, por lo que, más allá del cambio tecnológico y de la crisis en la forma de hacer negocio con los libros –los dos temas que hoy acaparan la atención¹, lo que realmente importaría saber es si en el futuro esta elite en particular tendrá la misma relevancia en el debate público y en la difusión del conocimiento, o si poco a poco el oficio se irá convirtiendo en un distinguido *hobby* para herederos, como la gestión cultural o la artesanía fina.

1. Y la acaparan de un modo tan aplastante que da la sensación de que nadie está pensando demasiado en asuntos tan relevantes como la conservación de los archivos: ¿quién nos asegura que dentro de cincuenta años podremos leer un pdf?, ¿algún malhadado ataque del FBI o algo como Anonymous podría producir un *blackout* que hiciera desaparecer miles de libros electrónicos?

Mientras el tiempo y la evidencia hacen su trabajo, revisemos someramente esa idea romántica del editor que se ha asentado en apenas un siglo –la historia moderna de la actividad no abarca mucho más–, y que se percibe sin mayor cuestionamiento en la prensa cultural o en ciertos seminarios revenidos sobre la aciaga suerte del libro. En esos ambientes, en un momento u otro pero impajaritadamente saldrá al ruedo la expresión «oficio de caballeros» con todas sus connotaciones, las justas y las injustas, y entonces se dirá oh, esos viejos tiempos en que la palabra empeñada valía más que el notario y los contratos se redactaban ya al primer encuentro; aquellos en que los editores (hombres, siempre) se dejaban las pestañas bajo la débil luz del quinqué, para acabar de un tirón el manuscrito que cambiaría la historia literaria; tiempos en que se gastaba lo que fuese necesario para conseguir al mejor traductor, el prologuista más oportuno, el corrector más enamorado de su labor de zurcido invisible. Esos seres calmos y muy cultos (hombres, siempre)², estos «editores de raza», muchas veces poetas o ensayistas ellos mismos, columnistas de fuste, intelectuales orgánicos y de los otros, grandes conversadores o bien mudos funcionales –pero entonces convenientemente excéntricos–, tenían también, así lo quiere la leyenda, un hígado de hierro: lo requería su calidad de almorzadores profesionales y la importancia del alcohol en la camaradería literaria. Solo queda agregar la imaginería del *tweed*, la pipa y el ceño fruncido: una que está tan arraigada que un experto moderno pudo resumir la ensimismada actividad editorial de mediados del siglo XX en Estados Unidos en la expresión «hombres de *tweed* publicándose entre ellos».

Se podría hacer un cuadernillo con todos los perfiles periodísticos titulados «El último editor» –como si los demás estuviésemos pintados–, en los que se retrata a uno u otro de estos sobrevivientes venerables y llenos de anécdotas, que nos inspiran con su visión ineludible del libro no como mercancía sino como una fuerza de la historia. ¿Pero existieron realmente estos seres mitificados? Ya no lo sabremos, puesto que están muertos; pero hablemos de ellos, que se ofenden menos. Un caballero dicen que era Giulio Einaudi, luchador antifascista que a los veintiún años funda con Leone Ginzburg una editorial y luego, además de rodearse de colaboradores como Pavese y Calvino y Natalia Ginzburg, se toma tan en serio su papel de fertilizador del debate político en la Ita-

2. No pretendo enarbolar algún tipo de reivindicación feminista pasando por encima de la evidencia. Hasta hace unas décadas, claro que los editores eran hombres en su gran mayoría, lo que se explica con facilidad: esos hombres muy probablemente tenían una esposa que les llevaba la casa y se ocupaba de la crianza, evitándoles los ruidos molestos, mientras que históricamente las mujeres no digamos que han tenido demasiado tiempo para leer (salvo las nobles, pero no trabajaban). Y, no hace falta recordarlo, para ser editor hay que dedicar enormes cantidades de tiempo a leer. Lo que en realidad me gustaría discutir es el concepto de caballerosidad en nuestra cultura, con su significado tan positivo como masculino, pero no es este el espacio.

lia de posguerra que su comité de lectura estaba cuoteado para asegurar que el plan editorial no se escorase hacia un determinado partido de la izquierda. Fue Einaudi quien acuñó la distinción ya célebre entre la «edición sí» y la «edición no»: la primera vendría siendo la proverbial fábrica de chimuchinas, la complaciente, aquella de la que nunca saldrá nada nuevo; la «edición no» es la comprometida con su tiempo, la que arriesga, se anticipa y no cede³. Un ejemplo trágico de «edición no» fue, también en Italia, Giangiacomo Feltrinelli, el descubridor de *Doctor Zhivago* y *El gatopardo*, quien debe ser el único caso de editor que ha muerto manipulando una bomba, y no me refiero a una literaria.

Feltrinelli formó parte de esa involuntaria elite dentro de la elite, la de aquellos hijos de potentados que, en grado variable, se dedican a prodigar la herencia en arriesgadas aventuras editoriales que el *uomo qualunque* no siempre puede permitirse. Si lo hubiese, puede que no copasen los primeros lugares en un concurso al mérito, pero bien por nosotros si gracias a los doblones de una duquesa pudimos tener un ojo sin párpado o un caballero verde. En este apartado de «ricos y famosos» se recuerda por supuesto a Jacqueline Kennedy Onassis, quien al enviudar del armador decidió trabajar –simpática ella– y se convirtió en editora, primero en Viking y luego en Doubleday. En 2011 aparecieron dos biografías centradas en este aspecto de su vida: *Reading Jackie* y *Jackie as Editor*. Esta última, soporífera como toda hagiografía, cuenta con, uf, suficiente detalle cómo durante dos décadas Jackie gestionó la publicación de importantes biografías de artistas, obras de historia y libros de arte, involucrándose con diligencia para disipar el prejuicio que la veía como un elemento meramente decorativo. De todos modos, y apartando el hecho de que solo su libreta de contactos ya le daba un kilómetro de ventaja, lo realmente fascinante es el hecho de que la mujer más famosa del mundo haya escogido dedicarse a una de las actividades más opacas, más invisibles.

Sobre el francés Jérôme Lindon, de Les Éditions de Minuit, ha dejado un breve y precioso testimonio Jean Echenoz⁴, según quien Lindon hacía lo que para muchos editores de hoy vendría siendo un sueño alucinatorio. Si ganaba el Goncourt uno de sus escritores, Lindon enviaba cheques sustanciales a los demás autores de la casa, con una nota del tipo (cito de memoria): «Le ruego me disculpe, pero las cosas han ido bien y me he tomado la libertad de aumentarle la cantidad que le corresponde por regalías...».

3. Ver *Conversaciones con Giulio Einaudi*, de Severino Cesari (Trama, 2009).

4. *Jérôme Lindon, mi editor* (Trama, 2009). Que un escritor se refiera en términos elogiosos a su editor, al extremo de dedicarle un libro entero, es por de pronto una rareza, y el mal rato que pasó Thomas Wolfe por sus halagos a Max Perkins en *Historia de una novela* quizás haya disuadido a muchos otros autores de hacer lo mismo. Ver *Max Perkins. Editor of genius*, de Scott Berg (Riverhead, 1997).

Aquí en Sudamérica se llora, congreso por medio, por los tiempos en que hubo una industria editorial en forma, entre los años treinta y mediados de los sesenta; una efervescencia cultural alimentada por exiliados españoles e intelectuales latinoamericanos que colaboraban entre sí –se prologaban entre sí– para sacar adelante revistas literarias y sellos que vendían sumas muy respetables y, lo que más nostálgicos nos pone, circulaban más allá de nuestras respectivas fronteras.

Más arriba en el continente, esa «era dorada» la representa entre los editores norteamericanos Maxwell Perkins, legendario editor literario de Scribner's, quien hizo su carrera en una sola casa –a diferencia de las sillitas calientes de hoy en día– y contribuyó no poco a desplazar la noción del editor desde casi un empleado de segunda a uno igualmente callado pero que, guiado por su talento para ver una obra acabada en la hojarasca de un original trabado o un autor inseguro, es capaz no solo de reflejar el tono literario de su época, sino de ir más allá y poco a poco, a golpe de catálogo, correr el cerco e instalar uno nuevo.

El joven Perkins había estudiado economía y literatura, y durante un tiempo fue reportero –qué mezcla excelente–, mientras en la conservadora Scribner's el panorama era el siguiente: su antecesor, de levita y mostacho, se leía un manuscrito cada tarde; al terminar, tomaba una siesta de una hora en el *chesterfield* de su oficina, luego salía a dar una vuelta a la manzana fumando un gran cigarro puro, y al regreso ya podía anunciar su opinión sobre la obra, uno de cuyos requisitos ineludibles era que no fuera a incomodar a nadie. Perkins parecía ir por la misma senda, sin embargo lo que caracterizó su labor fue el riesgo, la apuesta, la persistencia y la osadía. Además de publicar a la «generación perdida» e intervenir los manuscritos hasta darles vuelta como un guante, sostuvo moralmente, y durante los años horribles de la Gran Depresión salvó de incontables penurias, a muchos autores (también le financió a Fitzgerald una inmensa cantidad de juergas) enviándoles dinero a cuenta de cuartillas que nunca se materializaron. Su extensa biografía⁵ registra un grado de excentricidad esperable –su interés por la frenología y su costumbre de no quitarse jamás el sombrero: así parecía que se estaba yendo y podía esquivar a los latosos–, pero básicamente este hombre vivió para los libros, sin sucesos vitales memorables que no estuviesen relacionados con el oficio.

5. No tengo en la cabeza un corpus suficiente para emitir una opinión segura, pero de las no pocas biografías de editores que he leído me queda la impresión de que el género exhibe una curiosa diferencia, sobre la cual dejo a los lectores especular: mientras en los libros de editoras predominan las historias sobre su trabajo, las memorias de editores varones tienden a ser una retahíla de cenas regadas y anécdotas con autores famosos. El libro sobre Perkins es una excepción.

Hay más como él, en cada país unos cuantos, nunca muchos, pero me parece que lo que los diferencia de nuestra época no es tanto esa «cultura de almuerzos», pausada y orientada al autor, versus la cultura de las planillas Excel y la cuenta de resultados; no, hoy también hay, e incluso en el seno de los grandes grupos, editores que se dejan guiar por la calidad por sobre cualquier otra consideración; editores que atribuyen el mayor interés a la ficción literaria, esa gimnasia para la empatía y para la vida; a la poesía, esa música de las asociaciones remotas, o la transmisión pausada y racional del conocimiento acumulado de la humanidad en forma de ensayos, biografías, historia. Lo que ha cambiado es que ya casi no les es posible sortear con elegancia el cotidiano desgarramiento entre las dimensiones comercial y cultural de su labor, porque la empresa, la casa, la institución ya no los respalda. Pensemos en Scribner's en los años veinte: una editorial familiar, muy mojigata, que sin embargo respeta a su editor al punto de permitirle poner de cabeza su catálogo, gastándose de paso millonadas en el empeño. Eso ya no sucede.

Otro italiano, Marco Cassini, fundador de una pequeña editorial romana que comenzó enviando una pequeña revista por fax (!), resume así la vulgaridad que acecha a una época magra en mecenas: «Con el oficio que he elegido esperaba una vida distinta a la que llevo. Imaginaba largas jornadas leyendo manuscritos que iban a cambiar la historia de la literatura, conversaciones en figones llenos de humo con escritores legendarios, esclarecedoras reuniones con colaboradores que continuarían en cenas memorables. Había creído poder repetir fácilmente la experiencia del *New Yorker* de William Shawn, de Shakespeare & Co. de Sylvia Beach, del Grupo Bloomsbury de Virginia Woolf o de la Einaudi del trío Vittorini-Calvino-Pavese. Olvidé que un editor no es solo un apasionado de los libros, un agitador cultural, sino que fundamentalmente es empresario, siempre pendiente de los impuestos, balances y cuenta de resultados»⁶.

El punto es, como casi siempre, las expectativas. Nuestra inveterada costumbre de cristalizar una época con apenas unos cuantos personajes de muestra nos lleva a olvidar que ese pasado angélico fue realidad por un periodo bastante breve y espacialmente acotado, en el que además no faltaron los inescrupulosos de toda la vida y quienes pasan sin pena ni gloria por esta tierra. El oficio nació y ha pervivido durante siglos como una actividad netamente comercial. La Oxford University Press, la editorial más antigua del mundo, se mantuvo buena parte de su historia gracias a la venta de la Biblia del rey Jacobo. Los impresores franceses de la Ilustración –tan y tan bien estudiados por Robert Darnton– eran mercaderes intrigantes y despiadados, que no dudaban en sacar lucrativas ediciones pirata de obras que a otro le habían cos-

6. Erratas. *Diario de un editor incorregible* (Trama, 2010).

tado fortunas y un par de enfermedades crónicas. En cuanto a la «era dorada» de la edición en Latinoamérica, de Chile puedo decir que gran parte de esa buena salud se debió a la desgracia de la guerra en Europa –no había libros para importar– y a que, vista la revoltura de las cosas, nadie pagó nunca un centavo de *royalties* y las traducciones tomadas en «préstamo» eran la norma, no la excepción.

En España, me parece, el quehacer editorial tuvo pocas veces origen en círculos cultivados, en elites intelectuales. Era un negocio familiar, el que heredaban los hijos y nietos obreros o de clase media de impresores, de tipógrafos, de libreros de lance, de vendedores de fascículos y enciclopedias a domicilio. Estamos tan acostumbrados a ver estos apellidos como marcas que se nos olvida que los sellos españoles más tradicionales vienen de este tipo de empresas: en un principio eran simplemente el señor Salvat, el señor Seix, el señor Plaza, el señor Janés. Eso no impidió, por supuesto, que de allí salieran proyectos de gran relevancia cultural, pero es dable imaginar que esos editores con boina siempre estuvieron extremadamente conscientes de no dilapidar un duro más de lo necesario.

(En mi país pudo haber sido así. Descubro en una bibliografía cualquiera un germen de editorial familiar que no perduró; dice, en una referencia bibliográfica de la *Historia general de Chile* de Barros Arana: «... tomos IX a XIII, Rafael Jover, editor, 1888-1894; tomo XIV, Josefina Martínez v. de Jover, editora, 1897; tomo XV, Josefina Martínez de Palacios, editora, 1897; tomo XVI, Imprenta Cervantes, 1902». Dos historias de amor en ocho volúmenes.)

Olvidamos, pues, que la nobleza y el desprendimiento material que se ensalza en editores de viejo cuño se resalta precisamente por su escasez. Jorge Herralde, que suele ser medido en sus palabras, dijo alguna vez que el editor independiente «nada entre tiburones», y no creo que se refiriese solamente a los distribuidores. Recordemos también que en los años sesenta –antes de la concentración editorial y de la llegada de los gerentes– el éxito de la agente Carmen Balcells se basó en su estrategia de «rescatar» a los autores de contratos vitalicios y otras prácticas abusivas que entonces eran comunes en el rubro.

En Chile, entre la minoría que se ocupa de estas cosas, se ha extendido y con virulencia el discurso contra «las transnacionales», las que serían las responsables de todo mal, mientras que las editoriales «independientes» gozan de una predisposición positiva, insisto, entre la minoría que se ocupa de estas cosas, que sin mayor reflexión tiende a conferirles en bloque un estatus moralmente superior que no todas merecen. Como ocurre más o menos lo mismo en todas partes, Ana Pareja, de la barcelonesa Alpha Decay, dijo lo obvio y lo dijo bien y corto: «La independencia no es una virtud, es una circunstancia. Hay buenos y malos editores en las grandes y en las pequeñas».

Digo, pues, nada es tan límpido, tan claramente delineado –en este rincón, los editores de verdad, los caballeros del libro; allí, los ignaros, los predadores–; están esas figuras del pasado que nos inspiran por su sabiduría práctica y su elegancia moral, pero hoy las hay también, y en los lugares más insospechados. Esto nunca fue la isla de la fantasía, y no podemos quedarnos en nuestra mullida camita de papel, hablando de su olor irremplazable y sintiéndonos superiores por saber de epígrafes y tipografías, cuando no hay realmente certeza de que en el mundo digital vaya a mantenerse la idea de que es importante leer textos largos que constituyen una unidad de sentido (antes conocidos como libros). Tenemos que hablar, pues, de cosas «desagradables», interesantes, normales. En los tiempos que corren, que no son peores que antes, sí más inciertos, interesa menos el endiosamiento sin contexto y más una visión del trabajo editorial con los atributos de todo oficio macerado en la excelencia, pero que además no se permita la irrelevancia. Y para eso el pasado no sirve demasiado.

